

Amigos

Cuando Julio puso el segundo tercio sobre la mesa, decidí que éste me lo tomaría más despacio, saboreando cada trago.

Habíamos descubierto “La tasca de Toño” hacía tan solo unas pocas semanas y habíamos decidido que ese sería nuestro punto de reunión. Aquí podíamos tomar la cerveza bien fría, y no como en las “schankstube”, que servían jarras enormes, eso sí, pero siempre tibias.

Miré el reloj con impaciencia. Se estaban retrasando.

Pudimos oír clarísimamente el rugir de mis tripas.

Ana y Antonio llevaban ya cinco meses en Stuttgart, dos menos que nosotros pero aún no se habían contagiado de la famosa puntualidad alemana.

Cuando me disponía a levantar, por cuarta vez, la manga izquierda de mi jersey, les vi entrar. Ana llegaba sonriente y agitando a modo de saludo sus manos enguantadas; le seguía muy de cerca Antonio pero con un rictus muy serio.

–Perdonad el retraso –dijo ella antes de darnos un par de besos a cada uno.

–¡Qué ganas tenía de veros! –le contesté con un guiño–. Estoy muerta de hambre.

–¿Y a ti qué te pasa? –dijo Julio mientras saludaba a Antonio–. Alegra esa cara que estamos a viernes.

–Creo que nos volvemos a España –dijo mientras los ojos se le llenaban de agua–. ¿Recuerdas que contesté a la oferta de la Renault en Valladolid? Pues me han dado el puesto. Un puestazo... Creo que no puedo rechazarlo.

–Pues alegra esa cara, chico –le dije forzando la sonrisa y manteniendo el tipo– Siempre te quejas de que no te adaptas al clima, a los horarios, que no te gusta el idioma...Tú, Ana, pareces encantada ¿no?

–Bueno, yo aquí solo he conseguido trabajos de mierda, así que lo mismo me da aquí que allí.

–¿Me vas a dejar sola? –le dije a Antonio sin poder ocultar el chasco que me había llevado.

Él y yo nos habíamos conocido hacía ocho años, repitiendo primero en Industriales. Desde entonces siempre juntos. Congeniamos y al poco tiempo empezamos a quedar para estudiar en la biblioteca; conseguimos ir casi a la par. Él defendió el proyecto en septiembre y yo necesité hasta febrero para poder presentarlo. Para entonces él llevaba ya tres años con Ana y yo dos con Julio. Habíamos estado los cuatro dos veranos de inter-rail, una semana santa en Mallorca y luego, la aventura alemana.

La noticia nos había dejado un poco chafados y la cena transcurrió con pocas risas. Pedimos, como de costumbre, una tortilla de patata, una de calamares y una de oreja pero el nudo en el estómago nos impidió devorarlo todo, como en otras ocasiones.

–Entonces, ¿lo tienes claro? ¿Está decidido? –dije rompiendo un silencio incómodo.

La alegría de ella contrastaba con la expresión taciturna de él. Y nosotros estábamos completamente descolocados.

–La oferta me llegó el martes. Llevo tres noches dándole vueltas. El sueldo casi iguala al que tengo aquí. Mis padres están mayores y pronto me necesitarán, y Ana no tiene trabajo en condiciones. ¿Qué me ata aquí?

Al cruzarse su mirada con la mía sentí que esa pregunta era para mí.

Trabajábamos en la misma planta, incluso en el mismo departamento, y a pesar de que Antonio llegó más tarde, a él le dieron a un puesto por encima del mío. Desde el principio habíamos tenido que trabajar codo con codo, más que nunca, más incluso que en tantos años de carrera juntos.

Yo me había convertido en su apoyo aquí; se podría decir que nos comportábamos como siameses en las ocho horas de jornada laboral.

Habíamos superado el estrés de tener que entregar un proyecto importantísimo para la alta velocidad francesa y habíamos festejado el éxito al resolverse la

concesión del mismo a nuestra empresa. Aquella noche, sin Julio y sin Ana, revivimos las primeras juergas universitarias, riendo y bebiendo como si no hubiera mañana; rememoramos cuando coqueteábamos y parecía que la chispa había saltado entre nosotros. Por aquel entonces, incluso llegamos a besarnos, pero él, siempre tan cabal, me cogía de las manos y sentenciaba, mirándome a los ojos, “esto no está bien”.

–¡Eh! ¡Estamos aquí! –me dijo Julio que se había percatado de mi mirada perdida–. ¿Te está preguntando Antonio que tú que opinas?

–Pues no sé. Sí, tal vez es verdad...–dije casi susurrando.

Y, enfrentado de nuevo su mirada, continué:

–¿Qué te ata aquí?